

El mes de febrero del dos mil uno iniciaba sus andares en aquel invierno que obsequiaba con uno de sus rostros más risueños, con uno de sus semblantes más apacibles. El sol centelleaba. La temperatura era agradable. Nada que ver con la severidad que marcaban los termómetros más allá de los Pirineos. Una invasión de aire frío siberiano barría la mayor parte de Europa. Según repetía Alfred Rodríguez Picó, en *TV3*, España quedaba fuera del aire gélido. Ese ambiente benefactor invitaba a tomar posesión de la calle. Una posesión amplia. Las Ramblas seguían siendo un lugar de peregrinación, tanto para los forasteros como para los habituales de la ciudad. Barcelona no sería la misma sin esa avenida que se encara hacia el Mediterráneo. Un mar Mediterráneo cuna de culturas, y que transmite sus influjos a unos habitantes, en su mayoría, orgullosos de su capital.

Allá todo era multicolor. Un torrente continuo de vitalidad. Unas riadas humanas que descendían en dirección al mar; otras en sentido inverso, teniendo de referencia la montaña. Atuendo de todo tipo y color. Nadie pondría en duda el cosmopolitismo de la ciudad. Una urbe plenamente europea. Una ciudad que en mil novecientos noventa y dos había celebrado con éxito los Juegos Olímpicos. Y había proclamado el lema de *Amigos para siempre...*

Los puestos de las flores, los de pequeños animales y los quioscos de periódicos y revistas saludaban a los viandantes transmitiéndoles su fisonomía característica. A los menores y, por qué negarlo, a muchos mayores, se les caía la baba ante las piruetas de los pájaros, hámsters, peces, tortugas u otras especies de pequeños animales. Algún que otro gallo rompía con su canto el típico murmullo de la urbe. Sin ese conglomerado, las Ramblas malograrían su hechizo actual. A nadie le cruzaba por el pensamiento que fuera diferente. Era todo un conjunto que permanecía inalterable con el transcurrir del tiempo. Un poco más allá, en dirección al mar, unos pintores ofrecían sus servicios. Retratos o caricaturas al alcance de la mayoría de los bolsillos. Pero a aquellas horas estaban poco solicitados. Únicamente una jovenzuela que frisaba los quince años, vivaracha, pecosa y de cabellera cobriza se dejaba plasmar en una caricatura ante la mirada de sus compañeros de instituto. Eran de nacionalidad francesa, y pasaban unos días en Barcelona en viaje de fin de curso. La alegría de la juventud rebosaba por todos los poros de sus pieles blanquinosas, a excepción de un jovenzuelo que la tenía tostada debido a la procedencia africana del padre, un subsahariano que muchos años atrás abandonó su país y emprendió la aventura europea. Una aventura que no le fue fácil, pero de la que salió triunfador. Aquel día, el pintor había encontrado un filón. Todos los muchachos pasarían por su silla para posar. Una silla que se había visto obligado a cambiar cuando, en la tarde anterior, una alemana de buen comer y peor digerir la destrozó al desplomarse sobre ella. A la anterior le guardaba especial cariño, porque se la

había regalado una amiga muy especial. Una amiga por la que experimentó amor, pero que no le fue correspondido. Ella acabaría casándose con un tenista que prometía y que terminó colocándose entre los cien primeros de la ATP. Muchas jornadas como aquella, y el pintor conseguiría el dinero necesario para su anhelado viaje a París. Desde pequeño soñaba con visitar la capital de Francia. Era su obsesión. Un pensamiento que no había día en que no le acudiese. Deseaba deambular por las calles de Montmartre. Pintar en la Plaza del Tertre. Beber en las fuentes de la bohemia; aunque sabía que poco quedaba de aquel esplendor de otro tiempo. Igual que cualquier llama, se había acabado apagando; pero él la seguía manteniendo encendida en su corazón. Un corazón que, a sus veinticinco años, todavía latía con los compases de la juventud. No se le escapaba que era un soñador. Un soñador fuera de tiempo. De esos que casi no quedaban. De esos que estaban pasados de moda y que, quizá, difícilmente regresarían.

La época de los sueños había pasado.

En esa importante arteria catalana no solo trabajaban los pintores, los quiosqueros de periódicos y revistas, las floristas y los vendedores de pequeños animales. En los últimos años, habían proliferado una serie de personajes que acabaron por integrarse en el espacio urbano igual que los árboles y las farolas. Si desapareciesen de improviso, muchos los echarían de menos. Se trataba de esas estatuas humanas que, disfrazadas de uno u otro personaje, esperaban el paso de los dadivosos de turno para que depositasen alguna moneda en los dispares recipientes.

El romano, el pingüino, el aborigen, la veleidad griega, el Drácula, el Charlot, diversos payasos, el soldado... El hombre haciendo malabares con un balón, el músico con las marionetas, el bailaror de tangos... Todos con una historia detrás. Todos con unos deseos y unas necesidades sobre sus hombros; si bien algunos hombros estaban más encorvados que otros por la carga que soportaban. Una carga demasiada pesada.

Mención aparte merecen otros trabajadores de las Ramblas. Pícaros. Carentes de escrúpulos. Carroñeros y rapiñadores de baja intensidad de los confiados transeúntes... Pero habría de añadir en su defensa que no eran más tramposos que otros que cuentan con el reconocimiento de la sociedad y obtienen mayores beneficios. En su mayoría, ese grupo de vividores de las Ramblas lo formaban hombres —pero también alguna mujer— que pretendían aprovecharse de los incautos. Los trileros campaban a sus anchas cuando la Policía no patrullaba por la zona. En una caja de cartón montaban su improvisada mesa. En un abrir y cerrar de ojos, la abrían e instalaban su añagaza sobre la acera. Allá, con tres tapones de plástico huecos y una bolita que escondían debajo de uno de ellos, se ganaban el sustento. Uno hacía el juego, otros simulaban ser los clientes, y el resto controlaban la llegada de la Policía. Si se observaba con un mínimo de detenimiento se constataba que esos cebos pertenecían al mismo grupo. Tenían epidermis curtidas, y rasgos parejos. Los crédulos que picaban pronto se alejaban con unos miles de pesetas de menos, y lamentándose de su mala estrella al apostar por un tapón equivocado.

—Casi gano —murmuraba.

El cándido se perdía por las Ramblas entre el riachuelo de gente.

Los trileros se frotaban las manos por los beneficios obtenidos.

Juanjo Montoro se despertó, igual que cada día, a las siete de la mañana. Llevaba haciéndolo más de treinta y dos años. Incluso en días de fiesta, su organismo reaccionaba a esa hora. Ni una sola vez había llegado tarde al trabajo. Él pertenecía a la vieja escuela, que enarbolaba la puntualidad como norma. Sus padres se lo inculcaron desde pequeño. Según ellos, la puntualidad y el cumplimiento de las obligaciones eran las bases para mantener el puesto laboral. A estas alturas no se le escapaba que los tiempos habían cambiado. Actualmente ya no se valoraban esas cualidades que en otra época fueron vitales. Pero ese cambio no venía de ahora. Otros factores habían invadido las empresas. Otros vientos menos diáfanos... De eso había sufrido la experiencia en su propia carne. Ahora ya no tenía fuerzas para levantarse. Después de lo sufrido, permanecía horas y horas tumbado en el lecho. No tenía por qué luchar.

Él no se acostumbraba a ello. No se podía acostumbrar, por mucho que lo intentase. Antes se levantaba contento por la mañana, con una canción fluyendo por sus labios mientras se duchaba o se afeitaba. Consciente que debía trabajar, afrontaba la cuestión con alegría y dinamismo. Se sentía identificado con la empresa. Trabajaba feliz en el Banco de los Buenos Negocios Seguros. Un Banco

creado muchos años atrás con la fusión del Banco de los Buenos Negocios y el Banco Seguro. Un Banco al que debía su estabilidad económica. Un Banco que formaba parte de su vida desde hacía más de tres décadas.

Él también se había entregado al trabajo en cuerpo y alma.

Había sido un intercambio justo, consideraba.

Un intercambio por encima de los derechos y obligaciones.

Un intercambio que quedó truncado tres décadas después.

Recordaba como si fuese ayer cuando, con quince años, cruzó la puerta de la entidad. Un año en el que el hombre pisó por primera vez la Luna, y el *Concorde* llevó a cabo su vuelo inaugural. Estaba asustado ante el nuevo mundo que se le abría. Sus antecedentes: la escuela y dos meses de administrativo en otra empresa. En el cambio de trabajo tuvo mucho que ver su padre, un aragonés de Mallén que a finales de la década de los cuarenta, tras finalizar su servicio militar en Melilla, emigró a Cataluña. El hombre, ante la admisión de su hijo en el banco tras superar los exámenes de oposición, no vaciló:

—Hijo, debes cambiarte...

—Papá, no quiero. Estoy bien en la empresa.

Las últimas palabras las pronunció con la dicción entrecortada y las lágrimas surcando por su rostro aniñado. Cumplidos los quince años, sollozaba igual que un crío. La abuela materna, que se encontraba de visita, angustiada por la situación, intentó defender a su nieto; pero el padre se mostraba inflexible. La experiencia le decía que su hijo

estaría mejor colocado en un banco. Allá se aseguraba el porvenir. Un banco imponía.

Juanjo, chaval, se sentía feliz en su primer trabajo. Había conseguido el puesto después de leer un anuncio en el periódico y presentarse a las pruebas. Más de cien personas ansiosas de un empleo de administrativo se disputaban una única plaza. Se miraban los unos a los otros con la rivalidad pintada en los ojos y, al mismo tiempo, la inquietud reflejada en sus rostros.

—De aquí a tres o cuatro días llamad por teléfono y os informaremos de quién es la persona escogida —les comentó al final un hombre de treinta años. El mismo que se había encargado de realizar las pruebas de selección y que pocos meses después fallecería de un ataque al corazón.

La mayoría se marchó de allá con el nerviosismo propio del que se juega mucho. En esa época, los empleos de oficinistas estaban muy buscados. Las familias encaminaban a sus hijos por esos caminos. Deseaban que tuviesen un trabajo limpio y remunerado. A Juanjo le temblaban los dedos al hacer girar la ruedecilla del teléfono. Apenas había conciliado el sueño en toda la noche. El corazón le bombeaba a fuerte ritmo...

Un Juan José que se transformó de golpe en hombre se despidió de unos exultantes padres y se marchó a trabajar.

El primer trabajo.

Se iniciaba su carrera laboral.

Las cosas ya nunca serían iguales.

Empezaba a cotizar a la Seguridad Social.

Se convertía en alguien de provecho.



Llevaba trabajando en las Ramblas desde el noventa y ocho. Disfrazado de pingüino, permanecía inmóvil horas y horas. En ocasiones concentrado en sus pensamientos, en otras vaciando la mente. Abstrayéndose de cualquier consideración. Buscando el descanso más absoluto. Ese que tantas veces se le había negado a lo largo de los últimos años. Únicamente realizaba movimientos basculantes cuando alguna persona le echaba una moneda en el recipiente circular de hojalata que, años atrás, contenía sardinas de gran tamaño. Con lo que recogía, subsistía. En realidad, malvivía en una pensión de mala muerte en la *ciutat vella*. Su escuálida economía no permitía alegrías. Una habitación que olía a humedad y a lejía. A la dueña, una sexagenaria viuda de un policía de la desaparecida Brigada político-social, le obsesionaba la limpieza. Virtudes, nombre que le pusieron en la pila bautismal de su pueblo natal el año que acabó la Guerra Civil, mantenía limpio el lugar a pesar de su modestia. Todo lo limpio que se podía dejar un inmueble que rezumaba vejez por cualquiera de sus rincones. Ello no evitaba que, de tanto en tanto, apareciese alguna cucaracha. De la limpieza se encargaba una sobrina lejana que se deslomaba arrastrándose por los suelos ante la inquisidora mirada de la vieja. Vieja de rostro demacrado y barbilla pronunciada, pero